

Biarritz, julio de 1918

Estimado André:  
El martes pasado llegamos a nuestro destino. El viaje fue largo, pero divertido. Olga entretuvo a los pasajeros de nuestro vagón con un pequeño número que tuvo mucho éxito. Estuvo bebiendo todo el día. Al atardecer terminó durmiendo en un departamento que una familia de Chamonix nos dejó cuando se enteraron de que acabábamos de casarnos.

La villa de Eugenia es muy bonita y tranquila. He descubierto varios rincones en donde poder trabajar un poco cuando cae el sol. De madrugada paseo desnudo y sin sombrero. Las últimas palabras de Apollinaire me atormentan. No me gustó su mirada cuando nos despedimos en el andén, aunque creo que se está recuperando bien.

Al llegar al hotel me encontré con la mujer del galeista Paul Rosenberg. Me ha pedido que pinte un cuadro de su familia. No tiene prisa y, como anticipo, me ha adelantado trescientos francos. En este envío te mando el

boceto a carboncillo del retrato. Haz el favor de llevarlo todo a mi estudio. Será uno de los primeros cuadros que pinte en cuanto vuelva. También te envió algunos bocetos que he hecho de Olga y de la habitación donde nos hospedamos, así como varios dibujos que he realizado a una familia de judíos austriacos con los que hemos hecho muy buenas migas en estos días.

Paseamos poco, apenas salimos de la habitación, aunque hace un tiempo estupendo. El cielo es claro y el pueblo muy pequeño. Me gustaría que vinieras con Monique a pasar un par de días, pero entiendo que tienes que atender tu trabajo.

Olga te manda recuerdos.

*Pablo R. Picasso*

Iniziare da stanotte azione violenta su Barcelona  
con martellamento diluito nel tempo. V.

*Barcelona, 15 de marzo de 1938*

**M**i hermana tenía el pelo negro. Negro y largo. Cuando sonreía, sus ojos iluminaban el rostro de los que la rodeaban. Cuando hablaba, dejaba caer el agua clara de su voz por nuestras espaldas. Y siempre sonreía. No recuerdo un solo momento de mi infancia en el cual su figura no estuviera presente. No recuerdo ningún momento de mi infancia sin mi hermana.

Pere era su novio. Era guapo, o al menos a mí y a mi hermana nos lo parecía. Por aquellos días ya llevarían meses casados, si no fuera por los tiempos que nos tocó vivir. Si no fuera por eso, porque no sabíamos si nuestros padres aún vivían, porque nuestros tíos nos habían pedido que nos fuéramos de su casa y por tantas otras cosas.

Mi hermana y yo vivíamos en una calle cercana al mercado de la Boquería. Desde que nos instalamos en Barcelona habíamos entrado a trabajar en el servicio de distintas casas. Mi hermana de cocinera y yo de lavandera. Cuando tuvimos edad, comenzamos a ir a las fábricas.

Ella siempre conseguía convencer a los encargados para que le dieran trabajo. Todos la apreciaban y, con el tiempo, yo terminaba ocupando alguna vacante en el mismo lugar. De este modo logramos tener una vida digna, un cuarto seco y comida siempre sobre la mesa.

Un día, mi hermana susurró el nombre de Pere mientras planchaba. Lo había conocido cerca del teatro Noveidades, intentando colarse en una función de media tarde y, al contrario de otras veces, casi de inmediato me habló de él. No era el primer chico con el que había iniciado una relación, pero sí fue el primero que había logrado que alargara el silencio cuando decía su nombre. Pere, y se quedaba un segundo callada, con el nombre entre los labios, como sosteniendo una cereza justo antes de reventarla entre los dientes.

Mi hermana tenía veinte años, el pelo negro, negro y largo. Yo apenas había cumplido los quince y nunca había sostenido una cereza entre los labios. Supongo que por eso aquella historia de amor fue tan suya como mía. Más allá de la complicidad de una hermana que otea desde la esquina los balcones, para que ella y su enamorado puedan besarse sin cuidado; más allá de una encubridora necesaria cuando Pere distraía algún dulce exquisito de la casa en donde trabajaba como chófer; más allá de una hermana, de una amiga.

Nada quedó a mi mirada. No podía ser de otro modo. Aún recuerdo sus voces y sus sonrisas, sus palabras de amor y de futuro cuando un octubre lluvioso y feo de Barcelona supimos que pronto tendríamos que buscar una

habitación más grande donde cupiera la cuna de Esperanza. En pocas semanas todo se volvió nuevo. Nuevas experiencias, nuevos temas de conversación, nuevos planes. Al finalizar el invierno, Pere encontró una casa de servicio que había quedado vacía en una mansión de Pedralbes. Él trabajaría como chófer para la familia, mi hermana como cocinera y yo como planchadora, con lo que podría ayudarla a criar a la pequeña Esperanza.

Era marzo, y el cielo más azul que de costumbre. Aquel miércoles Pere se presentó en la parada donde los trabajadores de la fábrica Roca esperábamos el autobús. Sonreía como un niño al volante del Mercedes de su nuevo jefe, luciendo su recién estrenado uniforme. Yo miré a mi hermana, adelantándome a la mirada de toda la fila, y les sonreímos. Pere nos hizo un gesto para que subiéramos. Nos llevaría esa mañana en aquel cochazo, nuestra última mañana de trabajo antes de ir a la nueva casa donde todos viviríamos juntos. Yo reía; sería el comienzo de una nueva vida, de todas las esperanzas y mundos desconocidos que iban a nacer. Un viaje en un reluciente coche, poderoso, que olía a madera y cuero, caliente en la fría mañana. Los compañeros insistieron para que subiera, pero, por más que lo intentaron, su natural timidez le impidió aceptar tal aventura. Yo subí, por supuesto, gritando divertida a Pere que marchara a la par del autobús por las calles del Paralelo.

En el viaje fuimos atravesando una Barcelona sin coches, con gentes que cruzaban presurosas y sin mirar a los lados. Con carros que llevaban mercaderías y con

ellas olores conocidos. Una Barcelona aislada y amenazada por el cielo, ignorante de un futuro al que el mundo miraría incrédulo. A la entrada de la calle Francesc Layret un anciano compraba *La Vanguardia* en un quiosco de prensa pintado de verde, cuando todos escuchamos la sirena que ayer nos había despertado de nuestras vidas.

\*\*\*

El coronel Rossanigo sostenía el telegrama aún entre las manos. Todos los que se habían acercado a él en los últimos dos días habían podido verlo. Iba firmado con una V, que correspondía al general Valle, subsecretario de la aviación militar, y en él se decía que se debía iniciar desde esa noche acción violenta sobre Barcelona con martilleo espaciado en el tiempo. El oficial no hacía más que dar vueltas a aquella frase. Martilleo espaciado.

El militar volvió a repasar sus cálculos. Su formación le dirigía automáticamente a convertir cada una de las órdenes que recibía en cifras. Ellas equivalían a la muerte que esperaba a su enemigo. De los aviones que el Estado italiano había enviado como apoyo al grupo de sublevados fascistas españoles, más de un centenar eran bombarderos S-81 y S-79. Los S-81 habían formado inicialmente la 251 Escuadrilla de Bombardeo Pesado de la Aviación Legionaria Italiana. A principios de 1937 se había creado el XXV Grupo de Bombardeo Pesado, llamado Pipistrelli delle Baleari, con dos escuadrillas de bombarderos Savoia S-81, que recibieron los números 251 y 252.

Durante el 16 de marzo, el día que llegó a sus manos la orden, diez de esos aparatos habían dejado caer veinte mil kilos de bombas sobre Barcelona.

Hoy serían dieciséis S-79 los que llevarían a cabo la misma misión. Para cumplir el objetivo, el coronel había ordenado tres formaciones de seis, cinco y cinco aparatos. Cada una en tiempos diferentes, a intervalos de tres horas. A su mando irían el mayor De Carlo, el capitán Balbo de Vinadio y él mismo. En total lanzarían ocho bombas de doscientos cincuenta kilos, ciento doce de cien kilos y sesenta y ocho de veinte kilos, desde una altura superior a los cinco mil metros. Números para lograr otros números.

Tanto estos Savoia S-79 como aquellos S-81 que habían sido utilizados el día anterior habían demostrado ser de los mejores bombarderos usados en esa guerra, muy superiores a los Potez-54, 540 o 542 de fabricación francesa que el bando republicano comenzaría a usar en octubre de ese mismo año. Ésta sería una de las últimas misiones a cuyos mandos estarían unas manos italianas. A la base de Mallorca ya había llegado la orden para que, en las próximas semanas, fueran transferidos a la aviación fascista española, junto a veintitrés S-79 y nueve Ju-52 alemanes. Por esa razón, Mussolini había decidido, como iniciativa propia y sin contar con el mando sublevado, llevar a cabo una campaña de bombardeos sobre la ciudad. En público había comentado que con ello lograría un objetivo que él consideraba fundamental para ayudar al levantamiento fascista, al atacar la moral del ejército republicano durante el avance sobre Aragón. Sin embargo, sus verdaderas ra-

zones eran otras. Con aquellas acciones sus queridos pilotos lograrían la mayor experiencia en combate posible, muy útil para el futuro inmediato en los cielos africanos. Por otro lado, conseguiría dejar una huella en aquella tierra que nunca olvidarían. Ya en su cámara privada, el Duce sonrió amargamente, tragándose sus celos ante la iniciativa de Hitler de anexionarse Austria. En los últimos días no había dejado de darle vueltas a la humillación que su ejército había sufrido en la batalla de Guadalajara. Estaba convencido de que aquella campaña de bombardeos conseguiría devolver el respeto a su ejército, ante los ojos de los Estados europeos, amigos o potenciales enemigos.

El coronel Rossanigo bajó una vez más la mirada hacia aquel telegrama. El día anterior había llamado personalmente a Valle, aun a sabiendas de que sería objeto de su ira, y éste le había confirmado que aquélla era una orden directa del Duce. En aquel dulce amanecer mediterráneo crispó el rostro y miró en derredor. Desde que descubrieron que los aviones que provenían del mar eran más difíciles de detectar, en una época en la que el radar era una entelequia, la fuerza aérea italiana había usado Mallorca como inmensa plataforma de lanzamiento de ataques a la retaguardia republicana. Pero aquéllos iban a ser distintos, marcando un hito en la historia de la guerra. En vez de concentrar todos los aviones, de forma que lanzaran todas las bombas posibles en un momento y lugar concreto, le habían ordenado que se organizaran los ataques en cadena interrumpida, de modo que los sistemas de extinción de incendios y salvamento quedaran



desorganizados, mientras la población civil no sabría qué hacer ante las continuas llamadas de las sirenas, por la imposibilidad de distinguir si señalaban el inicio o el fin del peligro desde el cielo. Martilleo espaciado.

De algún modo sordo, lejano, el coronel sabía que aquello algún día podría ser utilizado en otras ciudades. Tal vez Roma, tal vez Berlín. Y no llegaba a entender el motivo de semejante acción. Mirando el horizonte, donde adivinaba el perfil de Barcelona, podía imaginarse a sus ciudadanos observando curiosos un hecho extraño en aquellos ataques italianos, a los que de un modo u otro se habían acostumbrado. A diferencia de lo que había ocurrido en todas las ocasiones anteriores, los bombarderos superarían las zonas ferroviarias y portuarias sin dejar caer su cargamento, buscando los barrios residenciales y el casco viejo de la ciudad.

\*\*\*

CARTA DEL EMBAJADOR ALEMÁN EN SALAMANCA  
AL ALTO MANDO

SALAMANCA, 23 DE MARZO DE 1938

Objeto: los recientes ataques aéreos sobre Barcelona

*He sabido que los ataques aéreos sobre Barcelona, ocurridos hace unos días, han sido literalmente te-*

*ribles. Casi todos los barrios de la ciudad han sufrido.*

*Independientemente de la utilidad o no de esta nueva estrategia, el motivo de este escrito es hacer notar la preocupación que me trae el hecho de haber sido observada por nuestro personal de campo la explosión provocada por una de esas bombas. Concretamente me refiero a la caída en el cruce de la Gran Vía de las Corts Catalanes con la calle Balmes, en torno a las catorce horas del día 17 de marzo. Según nuestro personal en la zona, la explosión ha afectado a nueve edificios, arruinando por completo cuatro de ellos y dejando cinco gravemente dañados. Las víctimas han sido cuantificadas en la totalidad de los viandantes cercanos, en un radio de ciento cincuenta metros. La columna de humo, en forma de árbol, superó los doscientos metros de altura. Como dato significativo de la onda expansiva, se ha registrado el encuentro de varios cadáveres lanzados a cerca de un centenar de metros del lugar de la explosión.*

*He cruzado estas observaciones con los datos que nos ha aportado el mayor De Carlo, nuestro contacto en la escuadrilla italiana. Según su parte, el peso máximo de las bombas que el día 17 los bombardeos lanzaron era de doscientos cincuenta kilos. Si observamos estos datos, y considerando los inestimables y exactos servicios de información que el mayor ha llevado a cabo para nosotros en otros momentos, es mi opinión que debemos considerar la*

*posibilidad de que el ejército italiano haya utilizado una bomba desconocida para nuestro servicio de inteligencia hasta el momento. Una bomba cuyo poder podemos situar cuatro veces por encima de cualquiera de las que nuestro ejército posee.*

*Entre las víctimas de esta oleada de ataque confirmo que, desgraciadamente, debemos incluir al señor Lecoteux, cónsul francés, nuevo dato que demuestra que el supuesto efecto moral que nuestros aliados defienden como descargo a sus acciones parece no estar justificado ante las críticas internacionales de las que estamos siendo objeto. Ha llegado a nuestra legación la noticia de que Jaume Miravittles, comisario de propaganda de la Generalidad de Cataluña, tiene previsto hablar en París sobre este asunto. Asimismo, una valija diplomática llegada esta mañana me señala que el papa Pío XI va a publicar una nota de rechazo en L'Osservatore Romano en los próximos días. Por tanto, y junto a la reiteración de mi honda preocupación por el uso de una estrategia de ataque directo e indiscriminado sobre posiciones civiles, ruego a la comandancia estudie el asunto aquí expuesto.*

\*\*\*

Al doblar la ronda de San Pablo casi nos llevamos por delante un camión cisterna del abastecimiento de agua. Pere reía, siguiéndome en el juego. Todos los compañe-

ros nos miraban sonriendo tras los cristales del autobús, lanzando comentarios a mi hermana, que, avergonzada, agachaba la cabeza intentando disimular sus carcajadas, mientras me regañaba zarandeando la palma abierta, intentando mostrarse seria cuando la anchura de la calle nos permitía ponernos a su altura. Su pelo negro se aplastaba contra el respaldo de madera, mientras los que habían sido nuestros compañeros del último año en la fábrica se levantaban divertidos, gritando a través de la ventanilla a Pere para que acelerara y lograra adelantarlos, si quería demostrar que era un buen chófer.

Pere repartía su atención entre el tráfico y las miradas a mi hermana. Yo le observaba disimuladamente, mientras contemplaba cómo el orgullo de ésta crecía como una hiedra en una pared soleada, ante los comentarios y chascarrillos que las otras mujeres le lanzaban por llevarse tan buen mozo.

Y entonces todo fue luz.

Cuando conseguí salir del coche, empotrado contra el muro del edificio cercano, miré a mi alrededor sin poder entender qué había pasado. Un dolor seco, punzante, me reclamaba desde la sien. Al bajar la mano, contemplé perpleja cómo la sangre la cubría. Moviéndome lentamente, caminé hacia el centro de la calle.

Comenzó a acudir gente. Les veía abrir la boca, mientras corrían de un lado para otro sin dirección. Por sus gestos podía adivinar que algunos de ellos me gritaban, pero era incapaz de oír nada. Un hombre, cuya camisa había quedado reducida a varios jirones sobre su

hombro derecho, me cogió del brazo, queriéndome hacer entender algo que no llegué a descifrar.

Tenía mucha sed. Una sed que jamás había sentido antes, y por un momento me esforcé por recordar dónde estaba. Elevé la mirada hacia los edificios de mi alrededor. Había pasado por aquella calle cientos de veces antes. Estaba segura de que pronto recordaría cómo se llamaba, pero en aquel instante otra cosa atrajo mi atención. Era una forma sin sentido, una mancha de algo que había sido. Con curiosidad me acerqué a ello. Había pequeñas hogueras a mis pies, acá y allá, y un penetrante olor lo inundaba todo. El suelo había cedido bajo aquel objeto informe, levantando pequeños montículos de material en torno. Del autobús sólo quedaban hierros retorcidos y astillas ennegrecidas. Aquella mañana familiar resultaba del todo imposible. Fue entonces cuando lo vi. Era azul, azul y blanco. El vestido que mi hermana había estrenado aquella mañana. Un vestido prestado que habíamos arreglado durante la noche para que cubriera su vientre hinchado. Y sobre el vestido su pelo negro, negro y largo.